



bogeads.blogspot.com



# Bogeads



Historia e ilustraciones: Tania Navas



## La pequeña Dariya

Nadie había visto llorar nunca a Dariya.

Así como tampoco sabían de qué color era su risa.

Era una niña huérfana de garganta muda y ojos heladores que acataba toda orden sin pestañear. Desde su llegada sus primos habían volcado todo su esfuerzo en despertar en ella el más leve atisbo de emoción, pero nada conseguía perturbarla. Su indiferencia les irritaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

Aquella frustración les condujo un día a resarcirse contra su fiel mascota, un enorme felino azulado de pelaje abundante, que fue salvajemente apedreado, para más tarde, en un alarde de originalidad macabra, ser colgado en la ventana de su alcoba.

La niña se limitó a enterrar al pobre animal en la cala contigua a la casa sin derramar ni una sola lágrima. Ahora que su animal se había reunido con sus padres en el otro mundo, no le quedaba nada más en la vida a lo que aferrarse. La soledad más aterradora se desató en su pecho como una hoguera insaciable, con el único consuelo de que algún día ella también sería liberada de todas las crueldades que le había tocado sufrir en vida.

A partir de entonces, los días y sus noches se sucedieron lenta y dolorosamente. Acosada por sus primos, comenzó a explorar más allá de las murallas de la aldea, en busca de paz. Cuando no quería ser encontrada trepaba hasta encaramarse al borde de los acantilados, que en aquella región eran especialmente escabrosos y abruptos. El resto de habitantes de la zona ni siquiera osaban acercarse, por miedo a ser arrastrados al vacío a causa de las violentas brisas marinas.

Una tarde se encontraba de pie en lo más alto de las rocas. El viento helador le robaba el calor de la sangre, y apagaba el latido de sus pulsaciones bajo su fina piel. El hálito del mar soplabla alborotando sus rizos y sacudiendo sus tupidas ropas de abrigo. Su cuerpo, lastre en vida, se mecía con los brazos extendidos en completa entrega, anhelando despegar los pies de la tierra y echar a volar, ligera como un pájaro.

En el límite entre tierra y vacío, una deliciosa música la llenaba de calma y aliviaba el fuego punzante de su corazón. Era el estruendo rítmico de las olas estrellándose contra las rocas afiladas, junto al arrullo del viento silbando en sus oídos. Ambos le hacían perder la noción del espacio y el tiempo, tan real era su promesa de libertad.

Así fue como la hallaron sus primos, que ese día la habían seguido con intención de someterla una vez más a sus perversos caprichos. Desafiando la peligrosidad del lugar se acercaron por detrás con sigilo y antes de que ella percibiera su presencia, el más pequeño acometió un empujón rotundo contra su espalda menuda. Recuperando la conciencia de su propio cuerpo, la niña se precipitó hacia el infinito mar. Pero el mayor la agarró de la capa en el último segundo y comenzó a zarandearla, paladeando el nuevo poder que ejercía al tener la vida de la niña en sus manos.

El espectáculo de su agonía les excitaba como nunca antes habían experimentado. El eco de sus risas nerviosas la asfixiaba casi tanto como su capa y los pies le colgaban a lo largo de la pared rocosa. Aferrada al cuello de la capa intentó desprenderla y liberarse pero sus manos estaban demasiado heladas para obedecerla.

Cuando ya parecía que ella se había rendido, el primo menor, objeto de un fugaz sentimiento de culpabilidad puso punto final a su tortura. Tiró de uno de sus brazos y la ayudó a subir, ante la mirada airada de su hermano. Él habría preferido alargar su sufrimiento, aunque tal vez en aquella ocasión se habían sobrepasado algo más de la cuenta. Dariya tosió repetidamente antes de incorporarse y robándoles una segunda oportunidad de ser atormentada, echó a correr ladera abajo con el corazón inflamando su pecho.

Deseaba con todas sus fuerzas que aquel incidente hubiera saciado el sadismo de sus agresores al menos durante una larga temporada. Pero nada más lejos de la realidad. A

partir de aquel día las torturas adquirieron una nueva dimensión física y ambos se ensañaron con la pequeña, sin que nadie acudiera en su defensa.

Sus tíos atribuían el incómodo mutismo a un defecto incurable y si alguna vez eran testigos ocasionales de alguna sádica escena, se limitaban a proseguir su camino sin interferir, confiados en que eran simples juegos de niños y que cuando fueran adultos la propia naturaleza les encauzaría por el buen camino.

Después de la muerte de sus padres, la niña había sido trasladada a lo que quedaba de hogar en aquella cala rodeada de hielo y roca, con la excusa de guiar su educación. Habían prometido a una sacerdotisa del templo de Iriam ofrecerle en calidad de monja a su joven sobrina cuando cumpliera trece años. De esa manera mitigaban su sentimiento de culpabilidad al excluir a la extraña niña del círculo familiar. Hacía tiempo que la resignación arrastraba a la pequeña de un lado a otro como una insomne atrapada en una noche sin fin.

Unas semanas antes de cumplir diez años, apareció un emisario del templo en busca de la muchacha. Aseguraba venir en nombre de la sacerdotisa, quien por problemas de salud no le iba a ser posible acudir ella misma a la cita. Deseosos de perder de vista a la silenciosa muchacha que tan poco cariño les inspiraba, sus tíos la entregaron de inmediato sin hacer preguntas.

A Dariya le bastó una sola ojeada al rudo guía para adivinar que aquel individuo no tenía nada que ver con el culto a Iriam. Confirmando sus sospechas fue conducida a un campamento militar donde los dos caballos se abrieron paso entre un puñado de hombres de rasgos extranjeros envueltos en pieles y acero. Sin explicaciones, la condujeron ante una enorme tienda donde allí la esperaba el general. Su oronda figura de barba desaliñada la aterrorizó más que el hecho de descubrir a sus primos sonriendo detrás de él.

- Vaya, ¿qué tenemos aquí? Pero qué pequeña es.- rezongó con su fuerte acento mientras rondaba a su alrededor como una alimaña con su presa. Su aliento hedía a vicio y corrupción.

Le tomó uno de los rizos pelirrojos que asomaban por debajo de su túnica y lo olisqueó con énfasis. Como era habitual, ella no dijo ni una palabra y observó a sus primos codearse con malicia.

- Calladita. Justo como a mí me gustan.- murmuró cerca de su oreja.- Pero primero veamos la mercancía.

En menos de un minuto su diminuto cuerpo blanco como la nieve quedó totalmente a merced de aquel desalmado. La visión de su cabello rojizo en contraste con su piel luminosa desencadenó una vorágine de lujuria sin límites. Cuando el bárbaro se lanzó como una hiena hambrienta, los dos muchachos fueron expulsados literalmente a patadas del campamento sin recibir ni una miserable moneda, tal como se les había prometido. La brutalidad de aquellos invasores del oeste no tenía parangón.

Horas más tarde la joven abrió los ojos. Encerrada en una sucia tienda, le habían encadenado el tobillo a una estaca como a una bestia salvaje, cubierta tan sólo por una sucia piel de oso. Parpadeó varias veces. Los ojos le escocían como si alguien hubiera arrojado brasas en ellos. Cuando trató de incorporarse, descubrió que aquel escozor no era nada comparado con el dolor que ardía entre sus piernas.

Entonces supo que ningún acantilado del mundo mitigaría el inmenso dolor que comenzaba a desgarrarle las entrañas.



La primera vez que hundió el cuchillo en su garganta, escuchó el gorgoteo de sus cuerdas vocales ahogadas en sangre. Era prioritario acallar sus aullidos de auxilio si no quería ser descubierta. La segunda vez rasgó el sebo de su estómago. El cuerpo se

convulsionó violentamente y un amasijo de tripas se vació empapando las pieles del camastro y parte de sus piernas desnudas. Un acceso de bilis le quemó la garganta y aguantó el vómito mientras guiaba el filo con decisión hasta la entrepierna. Arrojó el trofeo de su castración contra la pared de la tienda y contempló la escena del crimen con un brillo salvaje en sus ojos verdes.

El general era una mole palpitante de vísceras y masa sanguinolenta.

Horas antes, el vino lo había atontado lo suficiente como para subestimar el deseo de venganza de la pequeña bárbara. Durante semanas la joven soportó cada vejación con el mismo estoicismo que la había acompañado en el pasado, con la única diferencia de que ahora cada nueva marca sobre su piel avivaba su fuego y lo transformaba en instinto de supervivencia. A raíz de aquello desarrolló lo que denominó mentalmente “el plan”, que consistía principalmente en hacerle creer que estaba demasiado aterrorizada como para sublevarse. La enfermiza obsesión que el general sentía por ella, se convirtió en otro punto a su favor. Dariya era su esclava y jamás la compartiría con nadie. El día que los celos le obligaron a despedir a los soldados que protegían su tienda, firmó su sentencia de muerte.

Con el cuchillo hizo palanca en la abertura de su anilla de su tobillo hasta liberarlo. Se frotó la piel llena de costras y robándole al cadáver sus botas de piel, se las anudó fuertemente para ajustarlas a sus pequeños pies. Enrollándose el voluminoso abrigo de pieles que colgaba del camastro, lo ajustó a su cuerpo menudo, atando varios cabos alrededor de su pecho y su cintura. A regañadientes se obligó a robar algunas viandas y las guardó dentro de un zurrón improvisado. Las necesitaría para el camino que iba a emprender a través de la nieve.

Siguiendo con el plan, vació la grasa de las lámparas por toda la tienda y justo antes de escabullirse por debajo de los pliegues de la tienda, lanzó uno de los candiles provocando un infierno en cuestión de segundos.

Las voces de alarma no se hicieron esperar. Los soldados acudieron en masa hacia la inmensa hoguera en la que había sido la tienda de su general. Todos contemplaban con una fascinación primitiva las llamas alzándose al cielo. Se miraban entre ellos pero ninguno parecía dispuesto a arriesgar su vida para salvar la del decrepito y enfermizo oficial orabiano.

Por último la pequeña se dirigió a las caballerizas. Pensó que si robaba un caballo ganaría algo de ventaja, pero en cuanto olieron las pieles de depredador natural, los animales relincharon asustados y trotaron desperdigados por todo el campamento, aumentando la confusión entre los soldados que salieron detrás de ellos para recuperarlos.

Sola y amparada en el caos, Dariya llegó al linde del campamento y se dejó engullir por la inmensidad de la noche, borrando tras de sí sus huellas con una rama frondosa.

Acababa de cumplir diez años.



La caravana se detuvo en mitad del camino. A través de la ventisca se vislumbraba la silueta de un lobo zigzagueando de una orilla a otra. Por sus tambaleos parecía herido lo cual significaba que también podría llegar a ser peligroso e impredecible.

Uno de los jinetes descabalgó del carro y desenvainó un bastón de su cintura. Pese a no sobrepasar la mediana edad, cojeaba de un lado y tenía el rostro surcado de arrugas y experiencias.

- ¡Jirkos, ten cuidado!

Ante la advertencia un montón de cabecitas curiosas asomaron entre los pliegues de algunos carros.

- Que nadie se mueva.

Como siempre el joven Rafu desoyó su orden y corrió a su lado protectoramente. Su corpulencia nada propia de su edad acrecentaba su temeridad y su confianza. Jirkos enarcó sus cejas espesas mostrándole su oposición, pero el muchacho se limitó a encogerse de hombros.

Ambos avanzaron lentamente. El lobo se arrastraba con el hocico hundido en la nieve sin dar muestra alguna de su naturaleza salvaje. Una nubecita de aliento se le escapó de las fauces y de pronto se desvaneció completamente exhausto. Jirkos y Rafu se acercaron con precaución y después se abalanzaron sobre el cuerpo inerte.

Bajo la piel de lobo descubrieron el rostro diminuto de una niña. Sus labios agrietados temblaban y murmuraban incoherencias.

- ¡Aún respira! ¡Preparad agua caliente y mantas!

Rafu la recogió en sus brazos y la condujo al interior del carro. La tumbaron en uno de los catres y le arrancaron el maloliente abrigo de lobo. Tenía algunas manchas de sangre reseca, pero tras una rápida inspección dictaminaron que no estaba herida. Le frotaron los brazos y las piernas con energía para hacerla entrar en calor mientras las más de veinte personas que formaban la caravana se iban congregando en el interior. Las que ya no podían entrar por cuestión de espacio, se asomaban por las aberturas de la carreta, venciendo el frío exterior bajo miles de capas de abrigo.

- ¡Pobrecilla, está congelada!

- ¡Qué blanca está! ¡Parece una muerta!

Una punzada de dolor atravesó el pecho de Jirkos, quien había sufrido una pérdida reciente.

- ¡Fuera todos vosotros!- vociferó expulsando a todos los varones.

Como jefe de la caravana tenía la responsabilidad de mantener el orden. Y en esta ocasión no iba a permitir que nadie más muriera en aquellas tierras inhóspitas.



La caravana prosiguió su camino en busca de la calidez del sur. Por mandato de Jirkos, las mujeres se fueron turnando para vigilar la fiebre de la chiquilla. La noche en que abrió los ojos por primera vez, la velaba la vieja Samira con sus tarareos. Le secó el sudor de la frente y le tomó la temperatura con su palma arrugada. Por fin la fiebre había remitido. La niña examinó el lugar desorientada. El humo del incienso la adormecía, como si estuviera en otro mundo. Acunada por el traqueteo del carro y la voz cálida de Samira, volvió a cerrar sus ojos.

Cuando volvió a despertar era de día y una pálida luz del sol iluminaba el interior de la carreta a través de un pequeño tragaluz instalado en el techo.

Sus guardianes susurraban junto al catre en una lengua desconocida.

- Tal vez deberíamos enviarla de vuelta a su hogar. Su familia estará preocupada.- murmuró Jirkos.

- Eso si su tribu no ha sido arrasada por los soldados de Orabia.- replicó al recordar las ropas ensangrentadas.- Lo mejor sería dejar que ella decida, antes de que estemos demasiado lejos para volver.- advirtió Dobras, percussionista y brazo derecho de Jirkos.

- Rafu conoce su lengua, se crió entre los nómadas del norte antes de unirse a nosotros.- terció Samira, deseosa de que aquella situación alentara la elocuencia de su hijo adoptivo.

Jirkos y Dobras la miraron ojipláticos pero en el fondo sabían que era la única opción. En la caravana era el único que podía hacer de intérprete.

Cuando se lo pidieron, Rafu no supo decir que no y visitó a la convaleciente.

Una de las mujeres hacía graves esfuerzos por dar de comer a la niña, pero ésta giraba la cabeza hacia el lado contrario y apretaba los labios con un mohín.

- Se niega a probar bocado.- se lamentaba la mujer.- ¡Ya no sé qué hacer!

Con un ademán le entregó el cuenco de sopa y salió del carro dejándolos a solas.

Al no escucharle decir ni una palabra, la niña se giró para mirarlo. El joven apenas podía mantenerse erguido a causa de su gran estatura, sostenía el cuenco entre sus manazas con expresión de no saber muy bien qué hacer con ello. Resultaba tan cómico que una sonrisa se dibujó en sus labios finos.

La cara de Rafu se tornó roja como la grana. Aún demacrada como un fantasma, aquella niña poseía una belleza que lo sobrecogía. De repente se sintió demasiado torpe y deseó salir corriendo de allí, en cambio se quedó plantado como un tronco enmohecido. Asumiendo la responsabilidad de su misión, el joven carraspeó antes de comenzar su brevísimo interrogatorio, que consistía en un listado de preguntas básicas cuyas respuestas ella no consideró relevante compartir.

Jirkos apareció unos minutos más tarde, corroborando de primera mano que la sugerencia de Samira no había sido tan exitosa como ella imaginaba. Entregando el relevo, el muchacho se marchó abatido como un enamorado. La niña lo contempló sin pudor con sus enormes ojos verdes rechazando la comida una vez más. Parecía frágil pero llena de determinación. La misma determinación que había demostrado su mujer antes de enfrentarse a la muerte. Al instante supo reconocer un perfecto caso perdido. Como también lo había sido él antes de que su mujer lo salvara.

Las voces y los bailes de los artistas ambulantes resonaban alrededor de la carreta y sin bajar la guardia, la niña asomó su cabecita por un resquicio.

- Mi mujer siempre decía que la música era pura magia. Podía redimir hasta la pena más absoluta. Y no le faltaba razón, su voz era deliciosa, como un caramelo.

Las habilidades de aquel hombre como narrador también eran extraordinarias. Sus palabras eran simples sonidos carentes de significado y sin embargo era tan grande su deseo de hacérselas comprender que sus manos comenzaron a trazar formas de aire, llamando la atención de pequeña. Su historia hablaba de amargura, de sacrificio, de pérdida. Pero también había espacio para el amor, la esperanza y la redención. Al final del relato ella comprendió que aquel hombre no pretendía hacerla ningún daño.

Y aquello la reconfortó. Era la primera vez que alguien se preocupaba por ella.

- Dasha.- pronunció despacito mientras señalaba en dirección a su corazón.

Lo paladeó hasta disolverlo en su lengua, como una exhalación. Era su nuevo nombre. Así daba por concluidos todos aquellos años de mutismo. Con una mentira. Pero a quién le importaba. Atrás quedaba la niña apocada que fantaseaba con una muerte dulce y apacible. El dolor en sus entrañas le devolvía una realidad totalmente distinta. La muerte era algo sucio, hediondo y no tenía nada de placentero. Ignoraba si existía en la vida algo por lo que mereciera la pena vivir, pero se negaba a acabar sus días sin más. Tanto sufrimiento debía obedecer a algún propósito y quería descubrirlo.

Tomó el cuenco de sopa y la fue apurando a pequeños sorbos lentos y medidos. Las nauseas aún le perforaban el estómago pero debía ser fuerte si quería sobrevivir.

Jirkos sonrió para sus adentros.

Había llegado el momento de pagar su deuda y se prometió a sí mismo que haría lo imposible porque aquella joven recuperara la confianza y la ilusión de vivir. Aunque le costara la vida en el intento. Como le había sucedido a su mujer.